

## PROGRAMA "CAPITOLIO"

"METRO PICTURES"

Compuesto solamente de grandes exclusivas

### Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis

Libro de Blasco Ibañez - Dirección de Rex Ingram  
por Rodolfo Valentino y Alice Terry

### Cleo la Francesita

por Mae Murray

### La Dama de las Camelias (versión moderna)

por Nazimova y Valentino

### No me olvides

por Bessie Love y Gareth Hughes

### Mujeres Frívolas

por Bárbara-La-Marr, Ramón Novarro y Lewis Stone

### La Rosa de Nueva-York

por Mae Murray

### Juventud Victoriosa

por Billie Dove

### La famosa señora Fair

por Myrtle Stedman, Marguerite de la Motte,  
Cullen Landis y Huntly Gordon

### Eugenia Grandet

por Alice Terry y Rodolfo Valentino

### La Fuga de la Novia

por Viola Dana

### Lejos de la Civilización

por Alice Terry y Ramón Novarro

Retenga esos nombres y acuda  
donde se exhiban si quiere admirar  
lo mejor en cinematografía.



# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 57

25 cts.



**EUGENIA  
GRANDET**

por  
**Rodolfo Valentino**

**FilmoTeca**  
de Catalunya



**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º 57

---

---

**EUGENIA GRANDET**

POR  
**RODOLFO VALENTINO**

Y  
**ALICE TERRY**



CONCESIONARIO:

**S. HUGUET. — Provenza, 292. — Barcelona.**

Producción inspirada en la novela del inmortal HONORÉ de BALZAC.

Argumento de la película de dicho título.

En una de las más aristocráticas vías de París, hallábase enclavada la residencia de un creso moderno.

En ausencia del dueño de la casa, Carlos Grandet, su hijo, joven inteligente, pundonoso y bueno, conmemoraba el día en que se



cumplían años de su existencia, blanda, infructuosa y en íntimo contacto con los goces... reuniendo, en espléndida fiesta, á sus amistades, para olvidar, aturdiéndose en el festín y en la conquista de las damas, que el mundo contiene amarguras...

Victor Grandet, padre de Carlos, banquero de honorabilidad proverbial, llegaba inopinadamente á su morada cuando la fiesta batía de pleno.

Avisado por un criado del regreso de su padre, Carlos fué á saludarle á su despacho.

Victor Grandet había leído, estando solo, el telegrama siguiente:

*"Bordeaux.*

*Victor Grandet — Banquero — París.*

*Interrogados banqueros de esta plaza, manifiestan no poder prorrogar créditos vencidos pasado mañana. Precisa remita fondos. Girard".*

Padre é hijo se abrazaron; y luego, oyendo el primero el rumor de la fiesta, que al perderse el equilibrio de algunos invitados carecía de freno, preguntó con la mirada á Carlos por qué había recibido en su casa á tan bulliciosa gente.

—Hice mal, lo comprendo,—le replicó su hijo—en congregar aquí una reunión tan poco en armonía con tu seriedad, pero no te esperaba hasta mañana...

Tras una ligera pausa, para cambiar de tema, Carlos le preguntó á su padre:

—¿Resolviste favorablemente los asuntos que motivaron tu viaje á Marsella?

Victor Grandet, que estaba sufriendo atrocemente por disimular delante de su hijo la honda preocupación que le dominaba por entero, sufrió, al hacerle él esa pregunta, un leve síncope, y gracias á la oportuna ayuda de Carlos, no cayó al suelo.

—¿Qué tienes, padre?

—No es nada... Un ligero desfallecimiento debido al ajetreo de estos días... Ya pasó... Bueno: te llamé para felicitarte con motivo de este aniversario de tu natalicio... Toma... Confío en que conservarás, mientras vivas, el presente que te dedico en este día, hijo mío... Hice reproducir en esas miniaturas, cuando Dios tuvo á bien arrebatarme á tu santa madre, los retratos que nos pintaron en la época dichosa de nuestros esponsales... Nunca aparté de mí la querida efigie... Ella me alentaba en las lides cotidianas... ¡Quiera el cielo que, al contemplarla, halles fuerzas para sortear los escollos que se ofrezcan á tu paso por el camino de la vida!...

—Gracias, padre mío...

—Te he hablado en diferentes ocasiones de mi único hermano, al que no he visto hace 25 años... El tráfago que ocupó todas mis horas y la repulsión que á él le inspira París, te explicarán esta falta de contacto... Bien, pues: es necesario que vayas mañana mismo, á pasar una temporada á su casa. Más adelante sabrás las razones que lo imponen.

Carlos libró, en su interior, batalla á dos sentimientos: la obediencia al respetado padre y la atracción de la nueva conquista de una mujer seductora que había asistido á la fiesta de su cumpleaños.

Que abandonase esa «ocasión» para ir á convivir entre parientes pueblerinos, que no conocía, era mucho pedirle... Sin embargo, el cariño filial se imponía...

Al día siguiente, en Noyant, una villa somnolienta recostada en la margen del río Loire... y cuyos habitantes tenían fama de poco escrupulosos en sus tratos comerciales...



En la parte alta del sector, alzábase un caserón vetusto y desconchado, residencia un día de una familia linajuda que pereció en las tormentas revolucionarias.

Hacia años que adquirió por una bicoca el destartado edificio Matías Grandet, un tonelero ducho en marrullerías, merced á las cuales era entonces el terrateniente de mayor caudal del distrito, pero, además de esta fortuna vista, los avarientos de Noyant, expertos en ciertos análisis, opinaban que ocultaba un tesoro fabuloso.

Roque, el más mísero de los arrendatarios del ricacho, le estaba rogando en su casa que le concediera mayor plazo para pagarle sus deudas.

—Espere, siquiera otro mes, señor; no perderá nada... Si nos desahucia usted mi pobre mujer, ya achacosa, al verse arrojada de la casa en que nació, morirá.

La esposa de Matías Grandet presenciaba la escena, desde un lado de la habitación en que ella tenía lugar. Era una señora piadosa, dulce y resignada, hasta el extremo que jamás protestó de las estrecheces que le impuso el hombre que la redujo á la condición de esclava...

El avaro Matías, contestó á las súplicas del miserable:

—No puedo esperar, y es inútil que recurras á la señora... No tiene intervención en mis asuntos.

Defraudado en sus últimas esperanzas, el pobre anciano salió de la casa del cruel poderoso, lamentándose por el disgusto que iba á darle á la enferma esposa.

Eugenia—la hija única del señor Grandet—, raro y perfecto conjunto de primores plásticos y ternuras celestiales, reflejadas por sus pu-

pilas pudorosas, cuyo brillo no empañó nunca el paso liviano del placer, apareció por la puerta de su habitación.

Su padre sonrió al verla.

—Buenos días, hija mía; madrugaste hoy... ¿Ha sido porque ansías recibir el regalo de tu cumpleaños?... Trae tu hucha... la contaremos después de añadir la moneda correspondiente á este año... formará ya un montón respetable...

Mientras Eugenia complacía á su padre, Nanón, la inmensa, un espantable hércules hembra, que servía á la familia Grandet hacia veinticinco años con afecto y fidelidad perrunas, reprendía una vez más á un «empalagoso» pretendiente que le había salido:

—Mira, Lucas... si no quieres que te rompa un hueso, no me vengas más con esa monserga... Mientras vivan los señores, no me caso contigo ni con el Rey de Roma...

Matías contaba las monedas de los ahorros de su hija, y sin darse de ello cuenta, imbuía en ella la avaricia que á él le dominaba:

—¡Oh... cuántol... ¡Tienes ya mucho oro, hija mía!... ¡Tú verás lo que con él se consigue en el mundo, y la omnipotencia que proporciona á aquél que lo posee!

## II

Como cada mañana, atendidos que habían sido por Nanón los menesteres matinales, Matías le entregaba las provisiones del día, pesadas y medidas con escrupulosidad matemática.

Por ser ese el día del cumpleaños de Eugenia, el avaro dictaba instrucciones extraordinarias á la criada:

—En celebración de este día—le decía—harás una torta de yemas, y nos beberemos una botella de vino añejo; pero para equilibrar este exceso, pondrás en las tortillas un huevo menos los restantes días de la semana...



El notario Cruchot, su hermano el canónigo y el sobrino y heredero de ambos, Serafín de Bonfons, visitaron á los Grandet para felicitar á Eugenia. A los viejos tíos ocurrióseles, hacía un año, la idea de casar á Eugenia con Serafín, idea que éste aceptó alborozado, y desde entonces intrigaban los tres mancomunadamente...

Con un ligero intervalo llegaron, por la mis-



— ¡Tienes ya mucho oro, hija mía...!

ma razón, es decir, desearle muchos años de vida á Eugenia, el señor Grassins, banquero de Tomás Grandet, su esposa y su hijo Alfonso, también pretendiente á la mano de Eugenia. Esta aspiración, contrapuesta á la de los Cruchot, había provocado un odio muy marcado entre las dos familias...

El arribo de un auto lujoso fué un aconteci-

miento para los vecinos de Noyant, que se aproximaron al coche, curiosos, para contemplar de cerca al caballero que iba á apearse.

Era Carlos, vestido á la última moda parisiense, demasiado «chic» para presentarse, sin causar extrañeza, á los pueblerinos de Noyant.

Desde el estribo del auto, Carlos contempló, abarcándolo con la vista, el pueblo y se le antojó que la morada de su tío Matías no podía ser otra que aquella de aspecto señorial que se destacaba al fondo de las demás; pero un aldeano le dijo, señalándole una casa de aspecto común y modesto:

—Es ahí donde vive... Aquél es el castillo Froidfond, también suyo, pero no lo ocupa por ser demasiado grande para él; ¡gastaría un capital, cada invierno, para templarlo!...

—¡Ah!

—La puerta principal está tapiada. Hay que ir por la puerta de servicio.

Carlos se hizo conducir por su chauffeur al lugar indicado por el pueblerino, y se preguntaba qué clase de hombre era su tío...

Los dos pretendientes á la mano de la gentil Eugenia, así como sus respectivas familias, rivalizaban en cumplimentarla.

Matías Grandet, sonriendo socarronamente, le decía á la criada:

—¿Ves cuántas carantoñas, Nanón?... Pues serán infructuosas. Mi hija no se casará con ninguno de estos testafermos; y no les desengaña, porque los dos bandos, por catequizarme, sirven muy bien mis intereses...

Más práctico que Serafín, Alfonso, por indicación de sus papás, regalaba una lujosa caja con todos los accesorios para coser y bordar, que gustó mucho á Eugenia.

—Es un obsequio de utilidad y gusto exqui-



sito, ¿verdad?—le dijo á Eugenia la madre de Alfonso—. Mi hijo hizo un viaje á París, con el exclusivo objeto de comprártelo...

El notario, que de los dos tíos era el que más interés tenía en que su sobrino Serafín «pescase» la hija del avaro, se exasperó al contemplar el triunfo que sobre ellos se habían llevado sus rivales.

—¿Has dejado que Alfonso te achique!... ¿Tontainal... ¿A quién se le ocurre traer flores?...

Serafín contestó dos ó tres palabras de excusa tan bobaliconas como él mismo.

De pronto, hizo Carlos su aparición; y entre los que asediaban el capital de la rica heredera—no su hermosura y cualidades morales—, la entrada en escena del apuesto joven produjo un efecto de asombro indefinible...

Todos quedaron suspensos...

El señor Matías, sólo, se adelantó al desconocido, quien le dijo:

—¿Es usted el señor Matías Grandet?...

—Sí, señor...

Carlos no daba crédito á lo que había oído. ¿Podía ser posible que el hombre que tenía trente á sí, relativamente mal vestido, de dura expresión, fuese el hermano de su padre? Veniendo su sorpresa, Carlos enteró á su tío:

—Yo soy Carlos, el hijo de su hermano Víctor, de París...

—¡Ahl!...

El recibimiento fué frío por parte de Matías, que mandó á Nanón que preparase la habitación alta de la casa para su sobrino; sinceramente agradable por parte de la esposa del avaro, é ingenuamente deliciosa por parte de Eugenia, quien, agradablemente sorprendida, se sonrojó al presentárselo su madre.

Y Carlos, muy galante, admirado de la belle-

za de su prima, le besó largamente la mano...

La prudencia dió á entender á las dos familias rivales que debían marcharse, y así lo hicieron, explicándose, cada cual á su manera, la presencia en Noyant, en casa de unos tíos que no conocía, del elegante Carlos... Y una duda despuntaba para ellos...

Matías leía, mientras Carlos se familiarizaba con cosas y seres de la casa, la carta de su hermano que el sobrino le había traído, y que decía así:

*“Mi buen hermano: Al separarnos, ha veinticinco años, el día de mi casamiento, no podíamos prever que habrías de ser el único sostén de la familia que constituía yo en aquellos momentos, cuya prosperidad celebrabas tanto. Cuando recibas ésta no existirá. No quiera sobrevivir á la vergüenza de una bancarrota...”*

Precisamente en el instante en que Matías comenzaba la lectura de la adolorada misiva, su hermano Víctor y padre de Carlos se suicidaba en el despacho de su fastuosa morada...

Y como si ese detalle sólo fuera un punto y aparte de la interminable carta de la vida, Matías seguía leyendo:

*“...Las quiebras simultáneas de tres correspondales míos, especialmente la de Rogin de Marsella, y el haberseme negado en Burdeos aplazamiento á los vencimientos allí pendientes, son las causas determinantes de esta desdicha. He rogado á Carlos que vaya á verte, porque me faltaría valor en el instante supremo si estuviera aquí...”*

Sin que las malas noticias de que acababa de enterarse interesaran sus fibras sentimentales, enfermas de fiebre de oro, de egoísmo fatal, Matías no alcanzó á comprender lo que representaba la muerte de su único hermano



por la razón descrita por él mismo, ni la súbita ruina de Carlos.

Eugenia, que hasta ese día viviera libre de preocupaciones amorosas, había experimentado por vez primera, dulces inquietudes y emociones insospechadas... Llegada la noche, en evitación de que Carlos pasara frío en el cuarto que su padre le destinaba, ella misma, de su propia iniciativa, hacía arder en el hogar de la chimenea leña seca en abundancia, y había dado la orden á Nanón de prepararle el lecho.

Carlos, así que entró en su cuarto, hizo un gesto de desagradable sorpresa. ¡Qué desnudo estaba todo aquello! ¡Cuán lejos de parecerse á su regia habitación de París!

—¿Para qué demonios me habrá enviado mi padre aquí?...—preguntóse, malhumorado.

Matías, así como su esposa, fueron á dar las buenas noches á su sobrino; y aquél, viendo á Eugenia atizando el fuego de la chimenea, la hizo cesar en tal operación, asombrado del capricho, y luego, fijándose en que Nanón iba de un lado para otro de la habitación, que salía de ella y volvía á entrar, con un aparato en la mano, le preguntó lo que estaba haciendo, y la respuesta de Nanón no fué precisamente del gusto del avaro.

—¿Que Eugenia te ha mandado calentar la cama de mi sobrino, dices?... ¡Qué despilfarró!

De modo que también Nanón tuvo que dar por terminada su tarea.

Su tía y Eugenia (ambas mujeres le eran ciertamente simpáticas á Carlos, y añadamos que la primita le parecía encantadora bajo todos los aspectos) se despidieron de él hasta el día siguiente.

Al tocarle el turno á Matías de marcharse,

éste vió que Carlos había encendido dos bujías y, sin darle la más mínima explicación, apagó una de ellas, considerando que una sola bastaba para alumbrar el cuarto...

Carlos no protestó de la oscuridad en que quedaba sumida la habitación delante de su tío, pero al desaparecer éste volvió á encender la bujía soplada, y se preguntaba para sí si era posible que su tío, el hermano de su padre, fuese tan avaro, tan seco, tan... diferente de éste.

Antes de acostarse, <sup>\*\*</sup>Matías pasaba todas las noches largas horas en una estancia lóbrega... Allí, sigilosamente, urdía las tramas sútiles que acrecentaban su fortuna fabulosa...

Por su parte, Eugenia, incorporada sobre el lecho, soñaba sonriente, y como que el despertar de las inclinaciones naturales de una doncella, difícilmente se oculta a la perspicacia de una madre, la suya, muy querida, que estaba á su lado, le aconsejaba con el amor y la experiencia de las que pasaron por los deliciosos momentos de la ilusión...

Matías, á pesar de su devoción por el tesoro que era su vida, tenía otra cosa en qué pensar aquella noche, apremiante por el lado de buscar una rápida solución para quitarse «estorbos», é indiferente por cualquier otro concepto. El último párrafo, el que más le llamaba la atención á Matías, de la carta de su pobre hermano, y el que le aconsejaba mayormente la necesidad de desprenderse de su sobrino á la mayor brevedad posible, decía lo que sigue:

*«...Cuéntale, con las mayores precauciones, mi muerte y su desgracia; y, sé para él un padre, pero un padre bueno. No le arranques de pronto á la existencia muelle y ociosa en que nació y ha vivido, porque moriría, hermano mío. Pasado*



*algún tiempo, incúlcale progresivamente hábitos de trabajo y ayúdale hasta que esté asegurada su subsistencia.*

*Que Dios te bendiga y premie cuanto hagas en beneficio del hijo de tu desventurado hermano.*  
Victor.

A la mañana siguiente, Carlos se enteró por un periódico, de la horrenda nueva, sin que su tío empleara atenuantes previos que paliaran la espantosa impresión...

—Sí, hijo, sí;... es un golpe tremendo—límitose á decirle—Hete aquí de repente en la miseria...

Carlos lloraba sin consuelo, lamentándose de esta manera:

—¡No siento perder mi posición social! Lo que deploro con toda el alma es que mi padre no se franqueara conmigo! ¡Ahora viviria..!

—Debes sobreponerte á tu pena y marchar seguidamente á París... Quizás halles medio de salvar algo del desastre.

La desgracia de Carlos repercutió en el alma de Eugenia, que, oculta detrás de la arboleda, había asistido á la escena anterior hasta que su padre se separó de él, y turbada y temblorosa, venció la reserva en que hasta allí se mantuvo, acercóse á Carlos, le tomó sus manos en las suyas para infundirle el valor necesario para sobrellevar su inmensa pena, y él, sin ver en ella á la simple pariente sino á la hermana llena de cariño y abnegación, lloró, vencido por el cruelísimo golpe moral, abrazado á Eugenia... que lloraba también.

Carlos fué hacia un mes á París para desenmarañar los asuntos de su padre; pero, falto de experiencia y cohibido por la prevención con que se le recibió en todas partes, nada positivo había conseguido... Por su parte, Matías Grandet y los Cruchot, desde Noyant, ha-

bían sido más afortunados... Y el Notario con doble intención, le dijo, al avaro, un día:

—El Banquero Rogin de Marsella, que ha reconstituído su posición, pagará. Sumando este saldo al valor actual de las mercancías en depósito, forman un total enormemente superior al pasivo... Es de presumir que, al resolverse esta cuestión, su sobrino y Eugenia...

—¡Pues se equivoca usted en sus presunciones... ¡Carlos no será, mientras yo viva, el marido de mi hija!

Eugenia, casualmente, oyó la exclamación de su padre, y la tristeza se apoderó de su ser... ¿Qué tenía Carlos para que no pudiera pretenderla si llegase a amarla?... ¿Su pobreza?... ¡Bah!...

Ateniéndose á las indicaciones que por carta le hizo su tío, Carlos regresó á Noyant, donde aquél le notificó, deseando febrilmente que su idea se realizara sin impedimento alguno y con la mayor celeridad:

—Al enterarme por tu carta del fracaso de tus gestiones, te escribí que vinieras para exponerte un plan que he ideado.... Gastaré en él algunos miles de francos, pero, los daré por bien empleados, ya que rehabilitaré la memoria de tu padre....

El contraste conmovedor entre el lujo que ostentaba Carlos la vez primera que arribó y la medianía presente, impresionó dolorosamente á Eugenia...

Nunca dió Matías Grandet un luis sin tener la seguridad de que había de multiplicarse en su beneficio.... Así, también entonces, quería aprovecharse de la desgracia de su hermano... En breves palabras puso á Carlos al corriente de su proyecto de que partiera á las colonias, para probar fortuna donde nadie le conociera, y el muchacho, sin otro recurso que



la singular protección de su tío, accedió...

Por la noche Eugenia, compadecida del infortunio de Carlos, protegida por el silencio que reinaba en la casa, saltó de su lecho, cubrióse con una bata, y evitando el menor ruido, llegó hasta la puerta, completamente abierta, del cuarto de su primo. Conforme lo había presentido, Carlos no se había acostado aún y rendido por el cansancio y la aflicción por el desamparo en que se veía, dormía en una silla frente á una mesa sobre la que había una carta casi terminada. Eugenia, que parecía un ángel—los ángeles y las mujeres se parecen en que acogen bajo su protección á todo ser que sufre—se acercó á su primo, procurando no despertarle, y sus ojos traviesos y curiosos, leyeron la referida carta. Hela á continuación:

*“Mi querido y único amigo: Llegué hoy á Noyant é inmediatamente hablé con mi tío, hombre práctico que calcula las incidencias de la vida de una manera exacta. Quedó definido el porvenir que me espera, muy horrible para quien como yo, sólo conoció las bienandanzas del mundo. Afronto, sin embargo, con valeroso orgullo, la precaria existencia que me brinda el destino. En mi desgracia aparte el piadoso afecto de una prima mía, linda y buena como un ángel, no he recibido más que desdenes y desaires. Iré á la Martinica, donde cree mi tío que es fácil labrarse una fortuna. El abonará el pasaje de Nantes á Fort-de-France, pero no puede anticiparme el capital que simplificaría las primeras dificultades. En fin, es preciso conformarse y sea lo que Dios quiera.”*

—¡Pobre Carlos!...—murmuró, apenada, Eugenia—¡Hice bien en leer esa carta!... ¡Le daré cuanto poseo!

Y uniendo la palabra al gesto, la muchacha

toda corazón, volvió á su cuarto, tomó de un mueble el portamonedas atiborrado de luisas, y regresando luego á la habitación de Carlos, con el mismo sigilo que antes, le depositó su dinero sobre la mesa, junto á la carta. Pero Carlos se despertó y al ver á su prima allí y el oro frente á sí, se puso rápidamente de pie é hizo un gesto para rehusar categóricamente el generoso desprendimiento de Eugenia. Esta, entonces, se arrodilló, y con voz dulce, como del cielo, le dijo:

—¡Acéptalo, Carlos... te lo suplico! ¡No me levantaré hasta que me digas que no lo desprecias... Son mis ahorros, que para nada necesito y á tí, en cambio, podrán serle de gran utilidad... Estoy de ello segura, porque mi padre me dijo un día, que con oro todo se consigue en el mundo...

Una lucha sorda y terrible martirizaba á Carlos... que no «podía»... no «podía» aceptar...

—Un primo es casi un hermano... ¿Rehusarías de tu hermana el auxilio que te ofrendase?...— insistía, suplicante, Eugenia. — ¡Sería más apreciada, á los ojos de Dios, tu generosidad, aceptando lo que te ofrezco, que lo es tu orgullo al rechazarlo!

Tales palabras, pronunciadas con vehemente convicción por Eugenia, vencieron la tenaz resistencia de Carlos, que le contestó:

—Eugenia... Tú me entregas tu tesoro: yo te ruego guardes éste que me regaló mi madre: un cofrecito de oro y con él dos miniaturas de mis padres... el último regalo de papá... Las perlas de que están engarzadas las miniaturas y su correspondiente estuche, representan una fortuna, pero creería cometer un sacrilegio si me desprendiera de estas reliquias. Tampoco quiero exponerme á perderlas en la existencia aventurada que voy á empren-





—¡Acéptalo, Carlos... te lo suplico!



der. Tú las guardarás hasta que yo vuelva.

Matías Grandet, que en la lóbrega estancia se pasmaba en la contemplación de su fortuna, hacía rato que percibía rumores sospechosos, y temiendo por su caudal, recorrió, escopeta en mano, misteriosamente, toda la casa, y gracias á que Eugenia oyó las leves pisadas de su padre en la escalera de madera y tuvo tiempo de volver a su habitación, encerrándose en ella como en la suya lo hizo Carlos, el avaro fué burlado...

En los días que siguieron á aquella noche de feliz recordación, Carlos y Eugenia pasaban largas horas, por la tarde, en el jardín, bajo la tupida trama tejida por madre selvas, y vivían completamente felices, amándose en silencio, hasta que una tarde, al descender del cielo la paz del crepúsculo, sin arrebatos líricos, con interrogaciones de poética tristeza, Carlos vertió en el corazón sin sosiego de Eugenia la dulzura de una delicada confesión de amor... Pero á la par que esa esperada declaración la henchía de gozo, una nube de tristeza subía á sus ojos...

—Mi padre no consentirá... Se lo oí afirmar el día que volviste de París.

Carlos trató de animar á su prima, y, entretanto Matías Grandet releía el final de una carta que valía un tesoro, á saber:

*"...en representación de V., como liquidador de la BANCA GRANDET, aboné hoy á los acreedores sus alcances.*

*Cuando se hizo público en los centros financieros, que resu'ta una remanente á favor de Carlos, que importa más de cuatro millones de francos, se encomió en los términos que merecía la honradez de su difunto hermano.*

*Felicite á su sobrino, y queda en espera de instrucciones, su affmo. amigo J. Grassins. París, 26 de Abril."*

Después de haber leído esta carta y meditado la combinación que iba á poner en práctica para apropiarse de los cuatro millones de francos que de derecho pertenecían á Carlos, Matías miró por la ventana hacia el jardín y sorprendió una vez más en tierno coloquio á



*Carlos vertió en el corazón sin sosiego de Eugenia...*

la feliz pareja. Fácil le sería satisfacer los anhelos de los dos jóvenes, pero eso contrariaría su plan basado en el ansia vehemente de atesorar dinero, á cualquier costa... Y en previsión de que no se malograra su proyecto, dispuso para el día siguiente la partida de Carlos...



Así, pues, por la noche, Matías, para dejar arregladas las cosas, rogó á su sobrino que le firmase un documento traspasándole sus derechos á la herencia de sus padres, á fin de que él pudiera representarlo, si el caso se presentara, durante su ausencia.

Carlos no adivinó la doblez de su tío, y firmó. A continuación de esto, el avaro indicó á su esposa, que convenía que firmase ella también, como testigo... La anciana lo hizo de buena fe.

La despedida entre Carlos y Eugenia fué dolorosa. Carlos sorprendió á Eugenia en copioso llanto en su habitación, abrazada al cofre que le diera él á guardar.

Ella le dijo:

— Guardaré la cajita como un sagrario que es tuyo, y su llave no se apartará ni un instante de mi corazón, igual que tu recuerdo...

Para que no la olvidara nunca, Eugenia le entregó un crucifijo, en el que había caído una lágrima de sus ojos, y Carlos prometió llevarlo siempre consigo.

Luego, atraídos por una fuerza oculta, que era su amor sin par, fundieron sus almas en un beso inmenso, el primero... y sus juramentos de amor imperecedero quedaban escritos, con caracteres indelebles, en el libro donde se decreta el destino de las criaturas.

Habían pasado ocho meses y durante ellos ni una sola carta llegó del ausente.

Una tarde, mientras Eugenia paseaba bajo el verde dosel, mudo testigo un día de efímera dicha, como solía hacerlo desde que su amor partiera hacia lejanos horizontes, Carlos, en una isla de las remotas Antillas, la escribía esta carta:

“*Mi querida Eugenia:  
Me tiene preocupadísimo tu inexplicable si-*

*lencio. Las cartas de Francia tardan un mes: hace seis por consiguiente que debí recibir la primera tuya que sigo esperando. Imagino todo lo malo menos tu olvido.*

*Mis plantaciones prosperan de un modo extraordinario: pienso a algunas veces si el dinero que me diste, y sirvió para adquirirlas, sería un talismán prodigioso...”*

Con una amorosa frase por final, cerró la carta y se la entregó al cartero al mismo tiempo que éste le remitía otra á cambio de la suya.

Esa carta era de Francia, pero, según la letra, no de Eugenia.

Avido de noticias del país de sus sueños, Carlos rasgó el sobre y leyó, asombrado, el escrito contenido en él, cuya parte desconcertante decía así:

*“...y comprenderás que el buen parecer impone que ceses de escribirle. Así me lo ha indicado su prometido, y preciso es convenir en que está en lo justo.*

*Tu tía y yo esperamos que Eugenia sea venturosa, uniéndose al hombre que libremente ha elegido por esposo.*

*Te desea todo género de felicidad tu tío que te abraza,*

*Matias Grandet”*

Lejos de suponer la crueldad de su pariente, Carlos dió crédito á sus falsas palabras y, partido el corazón, pidió al cartero, que platicaba á la puerta de su choza con sus camaradas negros, la carta para Eugenia, rompiéndola en mil pedazos.

Era la muerte de sus más caras esperanzas...

Volvió la primavera y con ella el cumpleaños de la rica heredera.

A falta de noticias de Carlos, cuyo recuerdo perseveraba y se deslizaba en todos sus pensamientos, Eugenia consultaba en un mapa el lugar del mundo en que le suponía.



La madre de Eugenia, que como ella tenía ansia de saber algo de Carlos, le dijo:

—Hoy hace un año que conocimos á Carlos... ¿Qué será de él...? Me siento muy enferma; quizás no vuelva á verle...

La buena anciana amaba á Carlos, por él mismo, y porque había merecido el puro amor de la virtuosa niña...

Las desventuras convirtieron á Roque en un vesánico apacible. Sin embargo, cuando encontraba á Matías Grandet, se enfurecía y le llenaba de improperios.

Y ese día, en el cumpleaños de Eugenia, le echó esta maldición:

—¡Su avaricia mató á mi mujer!.. ¡Permita el Cielo que muera V. ahogado en un mar de orol

Matías hizo ademán de pegar al loco, mas varios campesinos se lo impidieron, despreciándole.

Al sentir llegar á su padre, Eugenia, apresuradamente, escondió el mapa debajo la canastilla de labores de su madre, y ésta para ocultarlo más aún, lo cubrió con unos retales de ropa... mientras Eugenia secaba sus lágrimas... Matías apareció.

—Trae tu tesoro, hija mía...—la dijo—Hoy es día de incrementarlo.

Un temor indescriptible se apoderó de Eugenia al oír que su padre la pedía su oro... ¡Cómo salir del apurado trancel...

—Le añadiremos este napoleón, que vale cuarenta francos, y hará el gran papel entre los luises.

Eugenia titubeaba y su madre, á quien ella pedía protección con la mirada, comprendió que algo anormal iba á suceder.

Obligada á contestar algo á su padre, Eugenia, pretendiendo esquivar el peligro inminente, exclamó:

—...Sí, papá... He dispuesto de mi dinero... Está muy bien colocado...

—¡Miren la hormiguita!... ¡Cómo muestra las inclinaciones de su padre!... Hiciste muy bien, hija mía... Enséñame los comprobantes de la inversión que le diste.

Eugenia, imponiéndose con energía á defenderse, contestó:

—Es un secreto inviolable... ¿Acaso nos dices algo de tus negocios, papá?...

Matías, encolerizado, asustando con sus gestos á su enferma esposa y á Nanón, que asistía con asombro á la desagradable escena, gritó:

—¡Yo soy el amo y hago lo que me place! ¿Qué hiciste de él?... ¡Dil!...

—Pero, ¿no me lo diste, papá?... Y siendo así, ¿no podía emplearlo en lo que quisiera?...

Matías, cegado por la ira, se abalanzó sobre su hija y ésta, al retroceder, tropezó con la mesita de labor de su madre, cayó al suelo la canastilla y con ella el mapa delator; y al verlo el avaro, en el paroxismo de su cólera, exclamó:

—¡Ah!... ¡Ya me lo explico!... ¡Lo diste á ese fatuo de Carlos!...

—¡Padre, padre!...

Matías levantó el puño sobre la cabeza de su hija, en ademán de descargarlo sobre ella, y la sufrida esposa, rebelándose como madre y mujer, se levantó de su silla y detuvo, aferrándose á él, el brazo extraviado... pero el avaro, exasperado por la intrusión en sus actos de la abandonada anciana, la arrojó con todas sus fuerzas sobre su silla y, arrastrándola, llevó á la desesperada Eugenia á su habitación, donde la dijo:

—Concibo que una joven honesta, en momentos de desvarío, cometa locuras; pero,



¡dar su orol... ¡En castigo á tu delito, estarás aquí encerrada á pan y agual...

Por la estancia donde tuvo lugar la disputa, pasaba un hálito misterioso, galvanizante... Era la Invisible que, atraída por la brutalidad de Matías, consumaba su obra... La madre de Eugenia ya no existía.

Había transcurrido un mes desde la muerte de la señora Grandet... Los Cruchot, que ado-



*Matías levantó el puño sobre la cabeza de su hija...*

raban fervorosamente el quietismo, vivían escandalizados de unos días acá, por las anomalías que se decía ocurrían en casa del avaro, y por fin supieron, por el pretendiente de Nanón, que el amo tenía á la señorita Eugenia secuestrada en su cuarto.

Exacerbado, en los pasados días, el afán de atesorar que le cautivó siempre, Matías acabó por trastornarse... y en su obsesión loca, mecía horas y horas en una cuna las monedas relucientes, para oír mejor su tintineo.

El notario Cruchot creyó llegado el momento de actuar, y fué á verle.

—Todos, en la villa, protestan escandalizados del trato que da usted á su hija... No está bien ni es prudente lo que hace con Eugenia... Su difunta esposa le aportó una dote cuantiosa, y todas las propiedades que posee usted fueron adquiridas durante su matrimonio... Son bienes gananciales... Y Eugenia, que es mayor de edad, puede reclamarle la herencia intestada de su madre... Comprenderá usted, pues, que le interesa granjearse de nuevo su afecto... Conseguido esto, no le será difícil alcanzar que firme esta escritura, renunciando á la partición de bienes, mientras usted viva...

Matías, en virtud de las consideraciones del notario, tenía prisa por reconciliarse con su hija y lograr que firmase el documento en cuestión. Pero Cruchot era listo y no daba consejos en balde...

—¡No sea usted súbito—le objetó—, que no he concluído todavía... Debiera ilustrar á Eugenia de sus derechos; pero no lo haré si me promete usted casarla con mi sobrino Serafin...

Aunque ello le pesare, pues un Cruchot no era un partido de dinero para su hija, Matías aceptó el pacto é inmediatamente entrevistábase con Eugenia, mientras el notario esperaba en la secreta habitación donde el avaro tenía su fortuna, extrañado de tal prueba de confianza que sólo podía explicar el afán de conseguir en seguida, de Eugenia, que renun-



ciara á cuantos bienes tuviera derecho, cosa que, con engañosas promesas de afecto, lo-graba sin dificultad.

Mientras su padre acompañaba hasta la puerta de la casa al astuto notario, Eugenia, casualmente, acercándose á una mesa-despa-cho vió en ella un sobre manuscrito, diri-gido á su nombre, y reconoció la letra de Carlos. Sin reparar en que el sobre, á pesar de pertenecerle, estaba abierto, leyó la carta que había dentro del mismo, supo-niéndola recién llegada, y su alma se llenó de un gozo inefable; pero, al examinar con más atención la papelera, halló un paquete de car-tas dirigidas indistintamente á ella misma y á Carlos, y comprendió la infamia de su padre. ¡El, con hábiles artimañas, había interceptado su correspondencia!

Pero lo que causó mayor indignación á la infortunada Eugenia, fué la lectura de la si-guiente carta, que ya conocemos:

*“...en representación de usted, como liquida-dor de la BANCA GRANDET, aboné hoy á los acreedores sus alcances.*

*Cuando se hizo público en los centros finan-cieros que resulta un remanente á favor de Carlos, que importa más de cuatro millones de francos, se encomió en los términos que merecía la honradez de su difunto hermano.*

*Felicite á su sobrino, y queda en espera de instrucciones, su affmo. amigo*

*J. Grassins.*

*París, 26 de Abril.“*

Matías Grandet sorprendió á su hija, y la increpó:

—¿Cómo te atreves á revolver mis papeles?

—Antes de responderte—le replicó, con firmeza, Eugenia—habré de preguntar yo: ¿por qué te apropiaste de la herencia de Carlos y

te cruzaste, arteramente, en el camino de nues-tra dicha?...

Enloqueciendo repentinamente al verse descubierta, Matías, con salvajismo, arrojó á su hija de la sombría habitación, y cerró violentamente la puerta, quedando encerrado en aquélla porque la llave estaba en la cerradura por la parte de fuera.

Eugenia, una á una, en el jardín, leía las cartas de Carlos que pudo esconder en su pecho cuando la sorprendió su padre, todas ellas ratificando sus juramentos y confiando en los suyos.

El frenesí insensato y la ira insatisfecha aniquilaron las facultades del avaro que en su alucinación veía los espantables fantasmas de las víctimas que causó su maldita avaricia.

El vesánico Roque le decía:

—¡Al fin va usted á perecer ahogado en un mar de oro!...

Víctor Grandet, su hermano, le recriminaba:

—¡Desatendiste las súplicas que te hice al borde del sepulcro; y defraudaste á mi hijo!... ¡que Dios te maldiga!

Y por último, la esposa brutalizada, le anun-ciaba su penitencia:

—¡Mi muerte y la desdicha de nuestra hija te serán castigadas con torturas eternas!...

De repente, el montón de oro que llenaba la cuna bullió, y de su seno emergieron dos manos descarnadas en ademán de estrangu-larlo.

La locura lo tenía inexorablemente en sus garras, y le hizo ver un espectro horripilante, cuya boca vomitaba monedas de oro.

—Soy la deidad áurea que nada te negó en el transcurso de tu vida...—le dijo el espectro— Justo es que ahora al extinguirse, me entre-gues tu alma...



Los últimos desesperados momentos del avaro fueron trágicos... é inundado en oro, agobiado por su peso, halló la muerte... La maldición del viejo Roque se había cumplido.

Dos meses después, <sup>\* \*</sup>entró Eugenia en posesión de un caudal inmenso: más de veinte millones de francos;... y el Notario, que no renunciaba, á pesar de haber perdido la mejor ocasión con la muerte del avaro, á casar á su sobrino con la rica heredera, le insinuó su intención advirtiéndola que era demasiado rica para permanecer soltera y que era preciso que buscarse un apoyo, un marido que la defendiese y administrase sus cuantiosos bienes.

Eugenia escribió á Carlos, pero su carta le fué devuelta por desconocerse su paradero.

Cuatro años más <sup>\* \*</sup>pasó Eugenia esperando el regreso del primer y único amor de su vida. Nanón y Lucas, ya casados, vivían con ella. Los Cruchot y los Grassins, seguían disputándose el favor de la heredera.

Un día, precisamente el de su aniversario, como cosa convenida por el destino, los Cruchot y los Grassins, como todos los años en tal ocasión, se reunieron en la casa de Eugenia para felicitarla. Como todos habían de decir algo para ser agradables á la festejada, el banquero Grassins dijo á Eugenia:

—Recuerdo que años atrás, en tal día como hoy, conocimos á su primo Carlos. Precisamente el mes pasado, estando yo en París, supe su regreso de Madagascar, donde ejercía el cargo de Gobernador general...

Eugenia afectóse... pero el hijo del Banquero hizo comprender la inoportunidad del tema á su padre y éste, para que la heredera no pensara más en Carlos, añadió:

—Tengo entendido que ha venido á casarse con la hija de un senador multimillonario; una muñequita lindísima...

Una flecha venenosa que clavarán en su corazón no le hubiera hecho más daño á Eugenia... y como el amor verdadero, el amor de los ángeles, el amor orgulloso que vive de su dolor, en su dolor muere, la «olvidada» notificó á la reunión:

—Aprovecharé el motivo que congrega á ustedes para participarles un acontecimiento... El señor Cruchot entiende que no debo permanecer soltera y me propone por esposo á su sobrino... Bien, pues, acepto... pero con la condición de que mi marido será sólo el administrador de mis bienes, ya que quiero conservar el estado de doncella en el matrimonio...

Los millones de Eugenia era lo que importaba á los Cruchot, que con arreglo á la obligación anodina impuesta por ella, extendieron las cláusulas nupciales.

Y mientras eso hacia el Notario, y los Grassins, disgustadísimos se marchaban humillados, Eugenia, sentada bajo el dosel de sus primeras ilusiones, pensaba en su infelicidad.

De súbito, cual una aparición, Eugenia vió á pocos pasos de sí á Carlos, quien, al principio indeciso, se acercó á ella y, muy respetuoso, la saludó.

La actitud de Carlos, justificada por el desengaño sufrido por la inconstancia (?) de Eugenia, no extrañó á ésta, que por su parte también estaba resentida con él porque sabía que iba á casarse con otra. Tras del saludo, Carlos la dijo:

—He venido sólo por unas horas á Noyant, para recrearme en la contemplación de este jardín; he querido verlo, tocarlo y aspirarlo



con los sentidos después de soñar en él tantos años....

—No creía que conservaras tan grata memoria de estos lugares... Yo no los he abandonado ni un día desde que te fuiste....

—Mucho antes hubiera vuelto á visitarlos, pero ¿para qué...? Y ¿dices que has seguido viviendo aquí...? Suponía que al casarte irías al hogar de tu marido...



*Bien, pues, acepto... pero con la condición de que mi marido...*

—¿Cómo...? No estoy casada....

Naturalmente mutuas explicaciones aclararon las cosas y de nuevo, bajo la capillita de la Virgen, sin muchas frases, pero sí amor inmenso, enlazaron en un suave abrazo sus corazones....

Serafín vió la escena desde una ventana y

recibió, con sus tíos, una tremenda sorpresa.

Nanón, que también vió á la feliz pareja, dijo á su esposo, con lágrimas en los ojos:

—¡Es el señorito Carlos...! ¡Qué felices son, al arrullo de un beso que les envía mi pobre señora desde el Cielo!

Poco tiempo después, Carlos y Eugenia se casaron... y el pueblo entero celebró que la generosidad á manos llenas de la hija borrara el recuerdo de la avaricia del que fué Matías Grandet.

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)



Próximo número:

**EXTRAORDINARIO**

**Sábado día 24 Noviembre**

la anunciada maravillosa super-producción

# **LA BOHÈME**

cuyo asunto no es necesario ponderar.

La mayor creación de la inimitable

**MARIA JACOBINI**

según la célebre obra de Henri Murger.

Numerosas ilustraciones 64 páginas

Postal - fotografía: **MARIO BONNARD**

**Sábado 24 Noviembre/Precio 50 cts.**

¡Nadie dejará de adquirir esta novela!

**EXITO:** El día 29 de este mes  
a las 9 de la mañana  
se pondrá á la venta el tan esperado

**Número - Almanaque**

que con su correspondiente

**Álbum para postales**

costará tan sólo **DOS PESETAS**

Adquiéralo en seguida antes de que  
se agoten.—Derroche de buen gusto.